

**El
Uruguay
que
se va**

aebu *Cuadernouno*

2da. EDICION ESCRIBE BASTIAN

PROLOGO A LA 1.a EDICION

“AEBU” se propone efectuar, periódicamente, la edición de trabajos que revistan valores destacables. En este **Cuadernouno** recogemos la serie de notas aparecidas en el periódico bajo el título “El Uruguay que se va”, de nuestro colaborador BASTIAN.

Hay en este trabajo —a nuestro entender— una visión comprometida de esta realidad en la que estamos sumergidos los uruguayos, afeccionados, muchas veces, a ciertos mitos y lugares comunes, que adornaron épocas en las que creíamos estar a cubierto de los vientos que soplan por ese mundo “ancho y ajeno” que se extiende más allá de nuestras fronteras. Y hoy, todos sentimos que el terreno que creímos firme no lo es tanto.

Ese es el tema que enfoca BASTIAN. Y ese tema debe importarnos a todos.

Hemos editado un número reducido del **Cuadernouno**. La recepción que éste tenga, nos servirá de guía, y nos compromete a seguir por el difícil camino de la constancia y de la insistencia.

uno

El 20 de octubre de 1929 murió José Batlle y Ordóñez. Va corrido casi medio siglo. Pero sus ideas, enarboladas parcialmente por sus fieles, extendieron su influencia hasta los días actuales.

Fue un Reformador. Al decir de Emilio Frugoni —uno de los innumerables adversarios que encontró en el vasto escenario de su acción— fue un “formidable removedor de estructuras”. Para él es válida la expresión de Rodó, referida al Barón de Río Branco: “aún se sienta el rumor de su caída”.

Luchó valientemente por establecer lo que él llamó *la República Feliz y justiciera*. “Que los pobres sean menos pobres y los ricos menos ricos”.

Se plantó gallardamente muchas veces ante un imperialismo mucho menos duro, porque era menos poderoso, que el que en nuestros días aplasta a los países coloniales, semi-coloniales e —como ahora se usa— subdesarrollados.

Enanchó grandemente, sobre todo en su segunda presidencia el radio de acción del Estado. Encerró dentro de su órbita en grado importante (República, Hipotecario, Seguros) una ancha franja, quizá en aquella época la más importante, de la actividad bancaria. Algunos de sus mensajes al Poder Legislativo, de aquel entonces, revelan su preocupación porque el Estado asumiera el control efectivo de la economía de la República y se-

metiera a su voluntad los intereses que campeaban a su arbitrio, en pos del lucro, en la vida de la nación.

Creó la mística del Estado “patrón ideal” y logró el surgimiento de una conciencia nacional que fue depositando gradualmente la fe y la confianza del Pueblo en un Estado cuasi celestial, depositario y ejecutor de la voluntad colectiva, más poderoso que todas las fuerzas que jugaban en la sociedad. El Estado omnisciente y omnipotente fue para más de una generación el custodio celoso de la justicia, la garantía para los desposeídos, el freno para la prepotencia de los fuertes.

Todavía después de su muerte la creación de Ancap, la estatización de las aguas corrientes y de los ferrocarriles, mostraron que seguía —como el Cid— ganando batallas después de muerto.

Hace unos años un batllista (hoy ministro) nos dijo: “toda esa inmensa tarea la cumplió Batlle sin estar molido de ninguna ideología”. Nos molestó la alusión a esa supuesta (para nosotros) falta de una ideología en un hombre que había marcado un rumbo a la Nación. Ahora pensamos que nuestro interlocutor de entonces tenía algo de razón.

Ese recio adalid de las libertades no pudo o no supo tocar los problemas de fondo que nuestro país, al igual que todos los países de América Latina tiene planteados.

Suya es sin embargo la siguiente expresión, que la mayoría de sus pretendidos discípulos esquivan: “*La tierra no es propiedad de nadie. Mejor dicho: es propiedad de todos. O sea de la sociedad, que es la expresión de todos*”.

La armonía entre el capital y el trabajo, la conciliación entre intereses irreductiblemente opuestos, cierta simpatía por el libre juego de las fuerzas económicas, por la libertad de empresa, una no disimulada confianza en el desarrollo pujante de los capitales privados como motores de la vida social, una manifiesta disposición favorable hacia la afluencia de capitales extranjeros sin prestar mayor atención al desarrollo posterior de la actividad generada por esos capitales extranjeros, parecen demostrar que Batlle ignoró verdades fundamentales.

Admitió la existencia de clases sociales. No entendió —nos parece— la fatal inevitabilidad de la lucha de clases.

El Uruguay en que vivimos —alguien lo dijo— es el Uruguay de Batlle. Los hechos nos están diciendo que es un Uruguay artificial. Por eso, porque es artificial, tiene que irse, tiene que morir. Empujado por las

auroras de un Uruguay que tendrá inexorablemente que llegar. En el cual no habrá 250.000 (La cifra no la damos nosotros, la dio el Dr. Alberto Gallinal en el último Congreso de la Federación Rural) seres humanos viviendo en condiciones miserables al borde de las alambradas que limitan los campos desiertos, ni niños ni adultos muertos de hambre y de frío; ni delincuentes en libertad, ni inocentes presos.

Ni familias sin techo. Ni hombres con credencial para votar, pero sin plata para comer.

dos

El Uruguay que se va es el Uruguay construido con esmero, con buena intención, con desvelos, con sacrificios y con lucha, sobre una base endeble de arena movediza.

El país engolosinado durante lo que va de este siglo con las preciosidades del progreso manuscrito. Leyes y más leyes. Derechos estampados en todas las Constituciones —desde la de 1830 hasta esta Constitución naranja que nos rige— que no van, las más de las veces mucho más lejos que una simple enunciación vacía. Derecho al trabajo (con un tercio de la población apta del país sin tener en qué emplear sus brazos) derecho a la salud (con más de la mitad de la población del país sin tener seguridad ninguna de que su enfermedad sea atendida o su salud preservada); derecho a una jornada la-

boral máxima de ocho horas (con miles de trabajadores cumpliendo jornadas de 10, 12 ó 14 horas en una misma empresa, a la vista y paciencia de un Instituto Nacional del Trabajo, impotente para embretar a la empresa infractora dentro de los marcos de la ley); derecho a la libre expresión del pensamiento (con los medios de difusión en manos de unos pocos, dueños y señores de los espacios de televisión, de las audiciones radiales y de las páginas de la prensa diaria), derecho a la inviolabilidad de domicilio (con policías que entran en los casas a cualquier hora del día o de la noche sin orden de allanamiento o con órdenes de allanamiento firmadas en blanco por jueces complacientes); derecho a la educación (con escuelas públicas y liceos oficiales donde cada vez cuesta más plata enviar a los niños y a los jóvenes).

Si tuviéramos la posibilidad de observar nuestro país desde fuera, quizás lo que más nos llamaría la atención a todos sería la distancia inmensa que hay entre LO QUE SE QUISO HACER mediante una legislación en cierto modo avanzada y LO QUE REALMENTE SE LOGRO EN LOS HECHOS.

Forzoso es buscar en la historia del país para determinar cuál es la causa de tan grande desacuerdo entre la intención trazada y los magros objetivos logrados.

En nuestro artículo anterior decíamos que —a nuestro entender— Batlle y Ordóñez (1) había ignorado algunas verdades fundamentales. La mayor parte del esfuerzo de Batlle se orientó hacia el logro de la libertad política. Y es explicable en parte ésa su preocupación fundamental. Tenía apenas treinta años de edad cuando fundó "El Día" para combatir la sanguinaria tiranía de Máximo Santos. Desafió cada minuto, con peligro de su vida, a los matones que el tirano contratara para liquidar a quienes se cruzaban en su camino. Esperimentó una explicable pasión por el derecho de todo individuo a manifestar en plenitud y en libertad su pensamiento. Olvidó, creemos, que la democracia por la cual con tanto denuedo batalló, tiene por lo menos dos dimensiones. Muchos años después que él expirara en una sala del Hospital Italiano, un 12 de octubre, ante el Congreso Argentino, prestando juramento como primer mandatario de la Nación hermana lo expresó en forma magistral Arturo Frondizi: "un hombre con hambre y un hombre con miedo, no es un hombre libre".

El país que se va es el país que no prestó la debida atención a la cuestión económica. El país que, con una explicación que debe existir sin duda, atendió primordialmente a la libertad del individuo aislado y solamente en la esfera política y olvidó la libertad en su sentido integral.

¿Sirve para algo la ley de ocho horas a los miles de

desocupados que hay en la República? ¿Sirve para algo una ley que rebaje los precios de los artículos de consumo popular a quien no dispone de las monedas necesarias para comprar un pedazo de pan? ¿Sirve para algo la Ley de Consejos de Salarios —aquel formidable avance legal logrado por los trabajadores en la Presidencia de Amézagá— cuando el patrono dispone de la impunidad de hacerle firmar un documento al obrero, antes de empezar a trabajar, a través de cuyo documento el obrero manifiesta que renuncia al empleo y declara asimismo, que "no tiene reclamación alguna que formular"?

El Uruguay que se va es el Uruguay que endiosó al Estado. Porque creyó en un Estado poderoso y sabio, fuerte y sano, dueño absoluto del escenario de la República, ante el cual todas las fuerzas que en el medio social actuaban tendrían que prosternarse. El Estado paternalista, árbitro imparcial. Más que eso, bueno y comprensivo. Tolerante con los desposeídos, implacable con los prepotentes.

Ahora vendrá otro Uruguay lúcido y claro. Tremendamente conciente de que el Estado aquí es lamentablemente juguete de fuerzas muy poderosas, cuyo poderío se gesta fuera de fronteras y que es acosado, dentro de fronteras, por intereses que no responden a los intereses del pueblo. Algo parecido a aquellos que merecieron la atención de Artigas, cuando en la lucha desesperada por la independencia aludía a los "malos españoles y a los peores americanos".

La decepción frente a ese Estado imparcial y más que imparcial justa, es lo que está generando en nuestro país adormecido durante décadas con los castillos edificios sobre arena movediza, una confianza cada vez más firme y más sólida en las propias fuerzas de una clase trabajadora que hasta el presente no pudo manifestarse con toda energía, con toda su potencia.

BASTIAN

- (1) Algunos amigos nos reprocharon que en nuestro artículo anterior nos hubiéramos extendido tanto sobre Batlle. Tratamos de explicarles que, a nuestro juicio, no es posible analizar nuestros problemas, los problemas del país sin aludir a quien dejó trazada tan honda y prolongada huella en el escenario de la República. Cada vez que se hable del Uruguay, de Batlle habrá que hablar, "para afirmarlo o para negarlo" como decía Quijano refiriéndose a Carlos Marx en aquel memorable editorial que tituló: "A Rienda Corta".

tres

Nuestro país (la Suiza de América según la expresión a tantas veces usada) pareció ser hasta la mitad de este siglo —lo fue en alguna medida— una excepción en el campo continental. El Uruguay no tiene nos decían, los problemas que acuden a las masas hambrientas de los restantes países de América Latina, Escasa superficie, clima benigno, alto nivel sanitario, alto nivel educacional, ausencia de población indígena y —sobre todo— una honda vocación civilista y una marcada maduración política, traducida —excepción hecha del paréntesis de la "dicta-blanda" de Terra, en la firme estabilidad de las instituciones.

Muchos de esos conceptos pueden encerrar algo de verdad. Pero nos animamos a decir que todos ellos, los verdaderos y los falsos, estaban asentados sobre un falso concepto de la realidad; sobre una ilusión.

Para un país que en ningún momento, ni aún en los días de más acelerado progreso, tocó el fondo de los problemas; que no rozó siquiera la zona de las estructuras profundas y verdaderas, tenía forzosamente que llegar la hora de la verdad. La luminosa, si que dramática hora que nos toca una frondosa legislación sobre seguridad social, con cuyos oropeles nos hemos lucido en enana conferencia internacional hemos estado presentes; una legislación laboral que deben envidiar los ángeles que en los cielos, según cuentan las abuelas, deben res-

lizar a diario su fatigoso menester; una libertad política que, como la espuma en la cresta de una ola, va extinguiéndose en la medida que va muriendo la ola que la sostiene. Trataremos de ser claros. El signo más visible de nuestra nacionalidad ha sido, sin duda, nuestra libertad política y nuestra estabilidad institucional. Ambos elementos adquieren su máximo relieve entre 1907, último levantamiento blanco contra el gobierno colorado, y 1933, golpe de Estado de Gabriel Terra con ayuda de la policía. Precisamente, a lo largo de esos veintiséis años, debe inscribirse el mayor auge económico de nuestro país. La crisis mundial de 1929 y sus repercusiones entre nosotros aplican el golpe terrista. La artificial prosperidad de aquel cenit de un cuarto de siglo, explica, a su vez, nuestra aparentemente sólida estabilidad institucional y nuestra menos "sólida" libertad.

Todo eso fue artificial y ese Uruguay artificial es el que, cumpliendo una ley inexorable de la Historia, se va.

No puede estar sólidamente asentada una sociedad que se jactó de haber instaurado su ejemplar "democracia" sobre la espina dorsal constituida, a su vez por caudalosos sectores integrados por una nube de funcionarios públicos, empleados de la banca y del comercio, profesionales, etc. Vale decir, que el famoso sector terciario, que no extrae riquezas, que no las transforma, que no produce, en el sentido estricto del término. Que vive merced a una increíble proliferación de seres que se ocupa exclusivamente de comprar a 5, lo que venderán a 10 a los pocos días, enbolsando 5 que colocarán a justoso interés; de otra increíble cantidad de personas que vive llenando expedientes, comprobantes, fórmulas, papeles plagados de "elévese", "tómese nota", "acútese recibo", "archívese", "téngase presente", sin contacto alguno con la viva y jugosa realidad creadora que vitaliza otras sociedades viejas en la historia pero jóvenes por su actitud ante el porvenir.

La clase media, esa famosa "espina dorsal" de nuestra "democracia ejemplar", desaparece a pasos agigantados. Se proletariza a ritmo vertiginoso. Su nunca desmentido conservadorismo, su falta de audacia, su miedo ante los cambios profundos que la hora exige, van también desapareciendo con ella.

Vamos saliendo del error que supone pretender erigir una sociedad feliz, una República "feliz y justa", sobre la base de una fuerte clase media, la cual supone, a su vez, la admisión, sin que nos ruboricemos, de que tiene que existir forzosamente, otra clase, la clase baja, subyaciendo sin alegría y sin esperanzas.

La polarización de la sociedad en dos clases fuertemente diferenciadas es el rasgo más saliente, en este idílico rincón de América, en la década en que vivimos.

Ahora sí, empezamos a mirar con ternura, con comprensión, al indio americano, nuestro sufriente antepasado. Ahora cae en el Uruguay el mito de la conciliación de clases, de la armonía entre el capital y el trabajo. el Estado paternalista, de la majestad de la Ley. Eso es el Uruguay que se va.

La lucha de clases, de la cual es manifestación a veces no totalmente clara, la lucha por la independencia, que iluminó los días angurales de la Patria Vieja, entrará, no nos cabe duda, en una nueva fase. Para evitarla, la vieja armadura construida por nuestra "avanzada" legislación, no sirve. Por que es artificial. Porque para confeccionarla no se extrajo el noble material que solo se obtiene llegando al fondo mismo de la cuestión social. No sirve "arañar" al privilegio. Es preciso destruirlo. Una lucha por la independencia no puede quedarse por la mitad, tiene que llegar al final del camino. Eso es lo que están envidiando los trabajadores de nuestro país, carne y nervio de nuestro pueblo. Por eso están abandonando su vieja concepción economista. Cada vez en mayor grado los trabajadores, se van dando cuenta que de nada sirve atender las ramas de un árbol enfermo. Hay que atender el árbol, desde su propia raíz. Y también el bosque. Y el bosque son América y el mundo.

cuatro

En la mente de cada uruguayo había hasta hace pocos años una visión esperanzada del futuro que ponía a su alcance la democracia liberal, levemente constricida por un Estado que ensancho esa medida importante su esfera de acción; pero que no tocó los resortes más efectivos de nuestra economía.

"El hijo del inmigrante arrojado por la miseria de su tierra natal a nuestras playas, puede aquí elevarse a los más altos rangos que la sociedad reserva a los mejores". "La enseñanza es gratuita en sus tres niveles. El hijo del lustrabotas puede ser doctor". "Mi padre inmigrante italiano, partió adoquines en las calles de Montevideo. Yo he alcanzado la dignidad de Ministro del Interior". Estas fueron expresiones repetidas hasta el cansancio. Y que permitían a cada uruguayo formarse esa falsa idea de las posibilidades que esta democracia nuestra le ofrecía. Un individuo podía, de acuerdo con ese criterio, empezar desde allá abajo, desde el fondo de la escala social, atravesar la clase media y situarse en el pináculo, donde los honores, la riqueza, la consideración de los ciudadanos. colmar la vanidad de los hombres.

Un rotundo no a la lucha de clases, era la respuesta con que casi sin excepción (la excepción eran los esclarecidos), era la respuesta a todo planteo serio sobre la cuestión social. "Esas son ideas foráneas. Nacidas en medio del odio y el rencor que sacude a otras tierras.

No tienen cabida aquí, donde una democracia ejemplar no reconoce otro título que el que emana de las propias virtudes".

Salvo los esclarecidos, nadie veía, entonces, el drama oculto entre la bruma de esa artificial prosperidad a que antes hemos hecho referencia. Y el drama estaba dado por la ingenuidad de un pueblo que pretendió apartarse de leyes históricas inflexibles. Ningún pueblo, en el sistema capitalista, escapa a esas leyes. El Uruguay demoró más que otros países de América Latina en advertirlo. Entre otras cosas influyeron para que ello fuera así, un socialismo tibión, que pretendió dotar al Estado de atributos mayores que aquellos de que dispone el Estado liberal; pero que no lo munió del poder indispensable para cumplir con las finalidades que le asignó.

El Banco de la República fue creado para ser "la viga maestra de la economía del país". En la actualidad es una cáscara de nuez sobre las olas que levanta una política mercantilista desarrollada por los grandes Bancos, tanto extranjero como nacionales. Algunos de los cuales, a su vez, recurren al propio Banco de la República para sortear de cuando en cuando, algún viento de borrasca. El Banco de la República (se ha dicho en "Marcha": "el Banco de la República NO es del país; el Banco de la República ES el país") asiste por tanto financieramente, a quien va paulatinamente minando y destruyendo su poderío.

Una figura consular de este país, Eduardo Acevedo, desde la primera presidencia de Ancap, pudo pensar que con la creación de ese ente autónomo nos liberaríamos de los grandes monopolios petroleros. A treinta y siete años de su creación, Ancap es también una cáscara de nuez en el oleaje que, según sus conveniencias, levantan los consorcios petroleros que dominan el mundo capitalista.

Se creó el Banco Hipotecario para regular el crédito territorial y para canalizar más tarde, hacia la construcción de vivienda, el ahorro público. Ahora tiene que tragarse los títulos hipotecarios que emite porque nadie los compra y ha tenido que paralizar la concesión de préstamos. Claro que con buena parte de ellos se enriquecieron poderosas empresas constructoras, algunas de ellas de renombre mundial, se encoquetaron la Rambla, a costa de dejar sin posibilidad alguna al trabajador de tener su vivienda propia.

Se creó la UTE para que la energía eléctrica se estuviera en manos de las empresas extranjeras que, en la Argentina, por ejemplo, siguen haciendo fabulosas fortunas en este rubro; pero en pocos meses la UTE ha

debido elevar fuertemente y más de una vez sus tarifas, hasta hacer prohibitivos, en algunos casos, modestos implementos eléctricos que la técnica pone actualmente al servicio de los trabajadores de otros países.

Se realizan campañas para incentivar determinadas producciones agrícolas, se fijan precios mínimos para el trigo, a fin de que los productores no caigan en manos de los acopiadores y molineros. Pero, después de hacerse cargo de la producción, el Estado tiene que perder sumas fabulosas porque no ha podido zafar de los tentáculos de Bunge y Born, Dreyfus y demás.

Algo sustancial falló en la trabajosa tarea de forjar esta República. Es lo que seguramente nuestro pueblo se apresta a corregir.

cinco

Fue un país, el nuestro que pudo dilatar a lo largo de medio siglo el enfrentamiento entre los poderosos y los desposeídos, merced al artificio de meter entre ellos una clase media formada en gran medida a expensas de un Estado burocratizado al máximo.

Los gobiernos liberales, levemente teñidos de un barniz socializante, ampliaron —lo hemos dicho— grandemente, la esfera de acción del Estado. Pero las raíces del árbol estatal no se hundieron en la tierra en la proporción adecuada para sostener copa tan frondosa. Y a

ese Estado, muy frondoso; pero con débiles raíces, y a la clase media oculta que se cobijó bajo su sombra, directa e indirectamente le está pasando lo que a esos corpulentos eucaliptos que en épocas de bonanzas dan la impresión de fortaleza. Y que cuando llegan temporales quedan atravesados sobre el terreno. Su raigambre no es sólida, no se hunde en la tierra.

Consecuencia de esa hipertrofia estatal es la impresionante desproporción existente en el Uruguay entre la población afectada a la tarea agropecuaria, a la labor industrial y al sector de servicios. En 1965 escuchamos en la Facultad de Arquitectura una referencia a esas cifras. No damos fe de la exactitud; pero eran más o menos las siguientes:

Trabajadores ocupados en el campo 17%.

Trabajadores ocupados en talleres y fábricas 24

Trabajadores a cargo de los servicios 55%.

Ningún país, por rico que sea, resiste esta distribución absurda.

Todos los años un 12% de la población busca trabajo por primera vez. Es la ya desesperada generación que sale de los liceos y de las escuelas industriales y que no encuentra otro camino que vivir a expensas de los padres, en el vagabundeo estéril proclive al vicio y a la frustración, o consigue la recomendación para ingresar al cada vez más pobremente remunerado empleo público.

Si fuera posible hacer una síntesis imprescindible, habría quizá que decir que el error, el error fundamental, consistió en impulsar una política estatizadora, dejando intactas las yerbas malignas que, finalmente, ahogan la planta sana.

Se nacionalizó más de la mitad de la banca. Pero se dejó en el terreno una banca privada nacional y una banca extranjera que chupó nuestra riqueza y tiene a su merced a la banca del Estado.

Se invirtieron sumas muy grandes en carreteras y caminos que paga el pueblo y por ellas se deslizan los supercruceiros de la empresa privada de transportes, que compiten y arruinan al ferrocarril nacionalizado.

La preocupación electoral llevó en infinidad de casos a la Administración de los servicios nacionalizados, a hombres que eran y son decididos partidarios de la libre empresa y de la iniciativa privada y que, en los hechos, desvirtúan desde los altos cargos de la administración, la finalidad primera que impulsó la creación de la actividad estatal.

Con esa armazón mal construida, el Uruguay pudo, sin embargo, resistir durante más tiempo que otras economías latinoamericanas, el vendaval de las crisis que sacuden al mundo capitalista.

Ahora ya no se puede seguir por ese camino. La crisis es distinta. Y se manifiesta también en forma distinta. Alguna pincelada, simplemente, para afirmar este criterio: hasta 1930 las crisis suponían desde luego, desocupación baja del salario, menos capacidad de compra de parte del pueblo; pero la cantidad de numerario circulante, fuertemente disminuida, hacía bajar los precios de la gran mayoría de los artículos y ello daba, todavía, a quien disponía de un salario o de una jubilación, cierta posibilidad de beneficiarse con ese exceso de oferta y esa impuesta falta de demanda. Otro elemento de destaque, que ha sido puesto de manifiesto por los comentaristas: hasta ese entonces, las crisis aparejaban restricciones en la importación de bienes de consumo, la mayoría de los cuales podían ser considerados prescindibles, en cierta medida. Y esa circunstancia alentaba el surgimiento de una industria nacional sustitutiva. La crisis actual es de tal magnitud que la imposibilidad de importar afecta a bienes de capital, máquinas, motores, implementos agrícolas. Todo lo cual supone la perspectiva de un estancamiento del cual ya no se podrá salir sino con el empuje de medidas revolucionarias en el plano social y económico. Medidas para las cuales parece que no están por cierto habilitadas las dos grandes corrientes de opinión alrededor de las cuales giró, desde la época de la Independencia, nuestro acontecer político.

Nuestra política estatizadora, nuestra concepción socializante, se orientó equivocadamente sobre la idea de que el gran capital podía marchar del brazo con los intereses del pueblo.

Estamos pagando tributo al error. Nadie puede predecir si este querido país, para salir de ese error, tendrá que entregar un precio de sangre. Nos parece que nada aliena, en este aspecto, a ser optimistas.

Nuestras formas institucionales también han sufrido el embate de la crisis. El Palacio Legislativo se construyó con mármol: porque el inspirador de la idea de levantarlo —“fanático de la legalidad”— pensó que dentro de él debería funcionar el más alto poder del Estado. Una Constitución que concentra la más grande parte del poder en el Ejecutivo, ha permitido en sólo cinco meses de funcionamiento asistir a una lasitud, a una atonía, a una atrofia del Parlamento. La falta de grandes leyes no puede disimularse tras una fiebre legista que sirve para llenarnos de Códigos; pero que no es capaz, según creemos de engendrar las grandes leyes (pocas y breves) que permitirían al pueblo creer en la posibilidad de la Revolución dentro de la legalidad.

Los trabajadores, corazón del pueblo, están aprendiendo, por su parte, que la escena política no les está, no les puede estar vedada. Tres devaluaciones de la moneda en seis meses, vale decir, tres rebajas de sueldo disfrazadas pero harto perceptibles hasta para los niños de escuela, han ayudado a que comprendan que la era de las luchas puramente reivindicativas está llegando a su fin.

Recordamos que en las primeras escenas de la película “Morir en Madrid”, en una admirable síntesis de la situación existente en España antes de la caída del régimen monárquico, la relatora expresaba: “un kilo de pan cuesta una peseta; el salario de un obrero oscila entre una y tres pesetas”. En el Uruguay el kilo de carne anda ya rondando los cien pesos; en el interior de la República hay empleados de comercio que ganan mil y mil doscientos pesos mensuales.

Cada devaluación a la cual el gobierno se ve empujado por no querer o no poder romper los cerrojos del sistema que nos ata al Imperio, implica un traslado instantáneo de riqueza desde los sectores populares hacia los inversores extranjeros, a los grandes monopolios, a los poseedores de la tierra y del ganado, a la alta banca especuladora y voraz. El abanico de los salarios se abre en forma escandalosa. De sueldos de tres y cuatro mil pesos a sueldos de cien y ciento cincuenta mil pesos en la actividad privada que dispone de altos beneficios y puede asignar altos cargos, hay demasiada diferencia.

Por no ser jóvenes tenemos el privilegio quizá de recordar que en 1930 podíamos adquirir un dólar por un peso moneda nacional. Hoy, con un peso moneda nacional no alcanzamos a comprar un centésimo de dólar. Y nuestra economía sigue siendo prisionera del dólar.

El Uruguay que se va es el Uruguay que ha sufrido el desengaño. Cuando viene el desengaño, nos acercamos más a la verdad. Rodó, el gran olvidado y a quien hemos citado tantas veces, supo decirlo, a esto también, en forma magistral. Porque el velamen del navío tanto tiempo detenido, comienza a hincharse al influjo de ése, que viene del lado de popa, “gran sople de viento favorable”.

Asociación
de
Bancarios
del
Uruguay

Cuadernouno
2da. edición

abril de 1968

CUADERNOUNO - Página 8